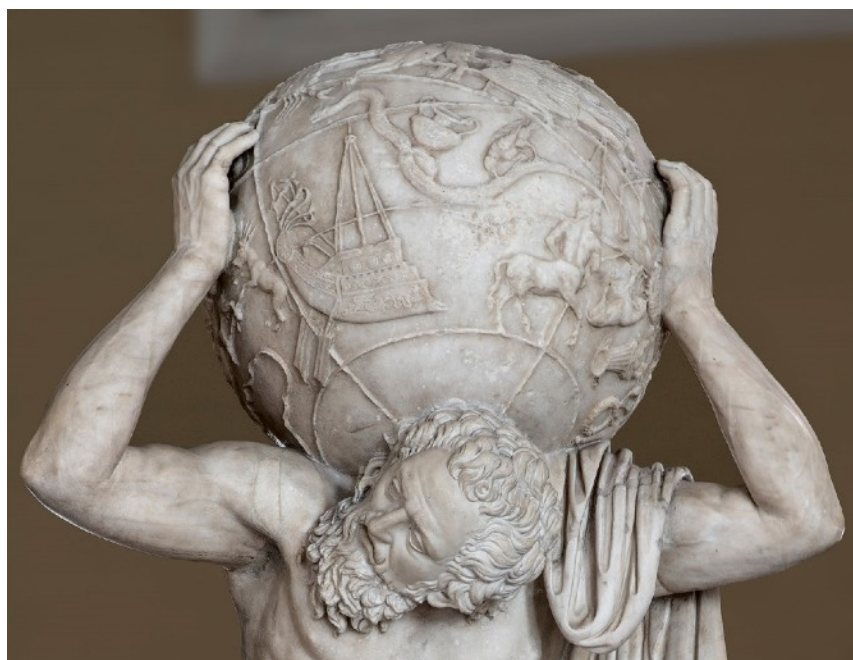


Aquí duermen ciervos



Nieves Rodríguez Rodríguez

II Premio SGAE de Teatro Ana Diosdado, 2020

Con Chuang-Tzu, en el bosque
Con J.M. Coetzee, siempre
Y con los ciervos

ELLA / LA NIÑA / ÉL / LAS REDES¹ / *Los de la orilla*

NOTA: Cuando aparezca este símbolo [...] es que ha habido una elipsis.

¹ Los comentarios son reales.

Soñé que el ciervo ileso pedía perdón al cazador frustrado
NEMER IBN EL BARUD

Papá, ¿hoy puedo bajar a la playa?

Mañana.

¿Y hoy?

Hoy no.

¿Por qué?

Por tu bien.

Mis amigos se bañan.

Vale.

Papá...

¿Terminas de comer?

Papá, por favor, un rato pequeño.

Termina de comer. No, no te levantes.

Veo lo mismo todo el rato.

¿El qué?

El barco. Lo mismo por la ventana y lo mismo en el periódico.

Siéntate a la mesa. Termina de comer.

Y veo esa luz de día y de noche.

¿Y todavía quieres bajar?

¿Y por qué no?

Porque lo digo yo.

Pero...

Pero nada. Come.

Vale.

Vale.

[...]

Estoy en mitad de un bosque y un ciervo me mira.

Intento esconderme entre la maleza, pero el animal avanza lentamente hacia mí.

Entonces, camino hacia atrás sin dejar de mirarlo cuando una sombra me atrapa y me susurra al oído: estás delirando.

Me sobresalto.

Mi cuerpo está tapado con una de esas mantas térmicas que se pone a los cadáveres.

Los pies helados.

Cerca de mí, la niña.

Al otro lado, como si nada, está el hombre que chasca la lengua entre los dientes.

Estás delirando, dice la niña.

Me lo dice y me acaricia la frente como si quisiera borrarle el sueño.

¿Cómo le digo que tiene ojos de ciervo?

¿Cómo le digo que me sigue desde un bosque inmenso?

Me incorporo y me asomo al borde.

Afuera el agua sigue meciendo el barco con una cadencia que desespera.

Dentro, en la cubierta, las personas se amontonan como los escombros de mi tierra tras la guerra.



¿La quieres ver?

Sus ojos asienten.

Es una fotografía de mi calle.

Yo vivía ahí.

¿Ves esta cicatriz?

Me la hice en esa calle aprendiendo a montar en bicicleta.

Mi padre me recogió del suelo todo lo rápido que pudo, pero la herida ya se había producido.

La última vez que lo vi, también me recogió del suelo...

De eso hace ya cinco años.

Mi calle sigue igual.

Desierta.

Como un bosque maldito al que nadie entra; solo los malditos dueños del bosque, claro.

¿Te queda agua?, necesitaría dar un sorbo.

Miro el mar y me escuece la boca, ¿a ti te pasa?

El agua es de todos.

¿Este hombre nunca duerme?, le pregunto en voz baja a la niña.

No dice nada, primero bebe él y luego me ofrece a mí el último sorbo.

¿Y tú?

Pero no dice nada, se tumba a mi lado.

El hombre se acerca también.

Lleva vendas en los pies y una mueca de dolor pintada en el rostro.

Se dicen algo que la embestida del mar no me permite escuchar.

Y ahora préstame atención. Voy a decirte algo acerca del lenguaje, algo importante que quiero que aprendas de memoria. Al llegar a este país todo el mundo es extranjero. Yo lo soy. Tú lo eres. Ella lo es. Llegamos de lugares diferentes y con pasados diferentes. Pero ahora estamos todos en el mismo barco, ¿entiendes? Tenemos que hablar el mismo idioma nos guste o no. Es la única forma de dejar de vivir en nuestro propio mundo.

Deja a la niña.

Estoy hablando con ella.

Todos vivimos en nuestro mundo.

No es cierto. No todos podemos tener un mundo.

¿A no? ¿Y qué hacemos aquí, entonces?

Invadir el mundo de otros. Eso es lo que quiero que entienda.

Déjala.

Esa idea de la nieve...

Oye, no eres su padre.

Ni tú su madre.

Pero soy su amiga.

¿Y por eso le quitas el agua?

Si miro las estrellas con detenimiento llego a ver copos de nieve. Y cuando veo copos de nieve dejo de tener sed.

El hombre chasca la lengua entre sus dientes y no dice nada.

Me tumbo también yo y miro las estrellas.

Parecen islas flotando allí arriba.

Cuando estalló la guerra en mi país las estrellas desaparecieron, le digo.

La niña entonces se ladea y me mira.

¿No conoces la nieve?

Dice que no con la cabeza.

En Europa hay mucha nieve, creo, le digo.

Y en el desierto.

Yo es que nací cuando el cambio climático.

El hombre y yo nos reímos a la vez, pero pronto su cara es de dolor.

Se incorpora y se quita lentamente las vendas.

Las heridas están infectadas y desprenden un olor desagradable.

La nieve, a veces, también tiene este color.

Necesitas vendas nuevas, le digo.

Me mira.

La niña, entonces, sale en busca del médico que está a bordo.

¿Tienes hijos?

¿Y tú?, le pregunto.

Tuve... O tengo, no lo sé...

La niña regresa con vendas y desinfectante.

Siete años. Tenía siete años, mi hija. Mira.



¿Y conoció la nieve?

Es como la ceniza, pero más blanca. No tiene nada de especial. Escuece. Me dispararon antes de embarcar. Iba con mi hija, pero a ella no la dejaron subir conmigo. Las niñas son más caras, me dijeron. Me resistí. No sé si está viva o no. Aquí tiene cinco años. Reza. ¿Me acercas esa venda? Con un fusil de asalto. Pum, pum. Un disparo en cada pie. Y caí al suelo. Luego me dejaron caer dentro de la lancha. Me desmayé de dolor. He perdido la cuenta de los días. ¿Cuántos días llevamos aquí?

Muchos.

Quince.

Y nadie dice nada más.

Nos volvemos a tumbar esperando que amanezca, pero del otro lado de la cubierta gritos y golpes.

Un hombre arrebató un vaso de agua a otro.

Pronto una mujer con su hijo en brazos les regaña.

Se le encaran.

El niño despierta.

La niña con ojos de ciervo se acurruca junto a mí y me abraza.

¿Estás llorando?, le susurro.

No lo aguanto más. Quizá si fuera nadando hasta la orilla...

Estamos cerquísima.

No puedes hacer esa locura.

No. No vas a saltar al agua. ¿Me oyes?

A veces miro al horizonte y me veo dentro de uno de esos edificios que se ven al fondo. Allí. ¿Lo veis? El que tiene luces. Estoy dentro. Y allí dentro cierro los ojos y siento que me caigo al vacío. ¿Y si me caigo?, me pregunto. ¿Y si no paro de caer jamás?, me atormento. Entonces me quedo en la cubierta. Porque, en verdad, no sabemos qué hay del otro lado de la orilla, ¿verdad?

El niño deja de llorar y todo parece volver a la calma.

Una mujer se pone de parto y la guarda costera se la lleva.

Algunos la despiden con la mano y con buenos deseos.

Luego el hombre se incorpora otra vez y al intentar ponerse de pie, cae.

Y no lo vuelve a intentar.

Se queda mirando el horizonte como si con la mirada pudiera restar millas.

[...]

¿Y te lo sabes?

Sí.

Cuéntamelo.

Con una condición.

¿Cuál?

Que después te tomes este vaso de leche e intentes dormir.

Está fría.

¿Lo vas a intentar?

Se me mete el ruido del mar en la cabeza y es imposible.

Cierra los ojos, al menos.

Tus ojos parecen girasoles.

Son muchos días elevando la cabeza al cielo.

Dieciséis días. Cuéntamelo.

Un hombre capturó un cervatillo, durante una cacería. Con el propósito de domesticarlo, lo llevó a su casa. En el portón, moviendo la cola y ladrando, salieron a recibirlo sus perros. El cazador, con el cervatillo en brazos, ordenó a

los criados que contuviesen a los perros. Al día siguiente fue a la perrera con el corzo, el látigo en la mano, y lo acercó a las bestias para que lo olieran. Y así todos los días hasta que se acostumbraron al recién llegado. Al cabo del tiempo, ignorante de su propia naturaleza, el ciervo jugaba con los perros. Los embestía con dulzura, corría, saltaba entre ellos, dormía sin miedo a su lado. Temerosos del látigo, los perros le devolvían caricia por caricia. A veces, sin embargo, se relamían los hocicos. Un día el ciervo salió de casa. En el camino vio una jauría. Al punto corrió a unirse a ella, deseoso de jugar. Pronto se vio rodeado por ojos inyectados y dientes largos. Los perros lo mataron y devoraron, dejando sus huesos esparcidos en el polvo. El ciervo murió sin entender lo que pasaba.